



“Y el verso se hizo carne”. La maternidad como motivo poético en la poesía de Concha Méndez

Cynthia Fernández Álvarez
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

RESUMEN:

El presente artículo pretende indagar en las diferentes manifestaciones del tema de la maternidad en la poesía de Concha Méndez. El análisis de sus dos poemarios *Niño y sombras* (1936) y *Sombras y sueños* (1944) revela la pluralidad de significados e imágenes que la poeta despliega para abordar asuntos como la muerte del hijo al nacer o la esperanza que le ofrece el nacimiento de su segunda hija. Además, se podrá comprobar cómo el tema de la maternidad no se limita a la experiencia particular, sino que supone una vía para reflexionar sobre la identidad femenina o la creación poética.

PALABRAS CLAVE: Concha Méndez, maternidad, Generación del 27, feminismo, poesía autobiográfica

1. Introducción

¿Dónde están los poemas sobre el embarazo y el parto? ¿Dónde están los poemas de las madres escritoras? En lo que se refiere a la poesía, estas son algunas de las preguntas que se ha estado haciendo buena parte de la crítica literaria feminista desde finales del siglo pasado.¹ El silencio que rodea a estos temas debe ser señalado para, en primer lugar, analizar las causas, pero, por encima de todo, sacar a la luz los textos olvidados.² Porque, en realidad, la ausencia de poemas sobre la maternidad es un caso de literatura silenciada, pues tras una breve investigación, no es difícil

1 “Una mañana, cuando ya llevaba dos tercios terminados, me di cuenta de que nunca había leído un poema sobre el embarazo y el parto. Y ¿por qué? Había leído miles de poemas sobre el amor, miles sobre la muerte. Eran por supuesto, temas universales. Pero ¿acaso no era el nacimiento algo universal? Y el embarazo, ¿no era un tema profundo?” (Ostriker 176).

2 Con esto se hace referencia a las reflexiones vertidas en los ensayos de Alicia Ostriker (178), Susan Griffin (60), Ursula K. Le Guin (240) o Susan Rubin Suleiman (190) que coinciden al destacar, como causa principal de la escasez de poemas sobre la maternidad, la tendencia a reproducir los temas predominantes en la tradición literaria.

encontrar en los textos de las poetisas de todas las épocas, referencias –aunque sean minoritarias– al embarazo y el parto. Lo que ocurre es que “Las mujeres han sido madres e hijas, pero han escrito muy poco sobre este tema; la vasta mayoría de imágenes visuales y literarias de la maternidad llegan filtradas por la conciencia masculina individual y colectiva” (Rich 111).

Se tuvo que esperar hasta el siglo xx,³ en el que se produce el fenómeno de la emancipación femenina y su incorporación a la esfera pública,⁴ para presenciar la entrada de nuevos temas en la literatura y, en concreto, en la poesía, de la mano de escritoras como Concha Méndez:

Pocas culturas han suscrito el culto a la maternidad y, sin embargo, retratado negativamente a las madres con más consistencia que España. Desde *La perfecta casada* de Fray Luis de León a las exhortaciones de Pilar Primo de Rivera ..., las mujeres españolas han sido sometidas a lecciones de abnegación y deferencia a la prerrogativa patriarcal. ...El perenne abandono o distorsión de la relación madre-hija en la literatura hace que su inclusión en la poesía de Concha Méndez ... sea incluso más notable. El hecho de que escribiera como madre y como hija añade especial significado a su trabajo, ya que la mutua exclusión entre maternidad y autoría había convertido las menciones por parte de las escritoras a sus hijas en algo inusual.⁵ (Bellver 1-2)

Y ese será el objetivo del presente trabajo: el estudio de la maternidad en la poesía de Concha Méndez. El análisis de la poesía de Méndez se llevará a cabo a través de una doble vía: la de la Concha-madre hacia sus hijos y la de la Concha-hija tras la muerte de su madre. A lo largo del trabajo surgirán los claroscuros de su poesía, desde la sombra que penetra tras la muerte del hijo recién nacido, hasta los sueños y esperanzas que personifica su hija Isabel Paloma.

Sobre el primer tema gira el poemario *Niño y sombras*, presentado como una elegía al hijo perdido mediante una sucesión de estampas sobre el duelo.⁶ Se abordará el análisis de las imágenes y motivos recurrentes en una selección de poemas que expresan el dolor por la ausencia, la intimidad entre la madre y el hijo, así como las alusiones físicas y tópicos característicos de su poesía. Lo que

3 “Se estaba formando por primera vez en la literatura española un núcleo de mujeres que quería hacer de la poesía una tarea principal” (Fernández Urtasun 213).

4 “La difusión en las décadas de 1910 y 1920 de este nuevo modelo de identidad femenina entre las clases medias y altas urbanas dio lugar a un nutrido grupo de mujeres intelectuales que desempeñaron un papel prominente en los avances sociales, políticos y culturales del período” (Kirkpatrick 9).

5 Mi traducción.

6 “*Niño y sombras*, por su parte, es una sentida elegía sobre la maternidad no lograda. Este tema, nuevo entre los escritores de la generación del 27, está tratado desde una delicada dimensión que liga de forma trascendente a madre e hijo” (Martínez 38).

se pretende es reflejar cómo el poemario presenta una evolución desde el dolor particular por la muerte del hijo (“Fue”) a su transformación en una angustia universal (“Noche”), para, finalmente, ser afrontada desde la fortaleza y la lucha (“Salgo a la calle”).

Por su parte, los poemas dedicados a la hija aparecen recogidos en el libro *Sombras y sueños*, poemario de madurez en el que hay lugar para las sombras, representadas por la separación, la muerte y el exilio, y para la esperanza, personificada en su hija. La muerte de su madre le produce una gran desolación, solo atenuada gracias a la esperanza depositada en su hija Paloma.⁷ En esos poemas, el yo poético se convierte entonces en una hija que, ante esa pérdida experimentada desde el exilio, siente un doble desarraigo. Los poemas a la hija y a la madre contribuyen a la creación de una genealogía femenina. Su poesía tiende puentes entre las mujeres de su familia, atravesando generaciones, hasta llegar al poema dedicado a sus abuelas (“Las dos abuelas”). En resumen, se trata de una poesía en una constante búsqueda de la conexión entre las mujeres de su vida que, a su vez, son la raíz que sostiene su pasado y su futuro.

A través de esta investigación se pretende destacar la variedad de matices que la poesía de Concha Méndez aporta al tema de la maternidad. Por un lado, en cuanto a los temas, el lector se topará con un amplio abanico que abarca desde poemas sobre el embarazo (“Voy por ti”), el parto (“Recuerdo”) o la muerte del hijo (“Hacia qué cielo, niño”); hasta la reflexión sobre el significado de la maternidad (“Camino nuevo”). Por otro, esos temas serán examinados desde un punto de vista novedoso, en cuanto no solo utiliza alusiones espirituales o abstractas, sino que se centra en los elementos físicos y fisiológicos del proceso.⁸ Al respecto, cobrará especial significado en su poesía el símbolo de la sangre.

El objetivo final es poner de relieve cómo a partir de la tradición, Concha Méndez actualiza (y personaliza) el tema de la maternidad confiriéndole cuerpo y materialidad, frente al arquetipo clásico que plasmaba la maternidad con atributos espirituales y trascendentales, dejando a un lado el cuerpo de la madre. Además, subraya el elemento creador dentro de la concepción y cómo este se une al proceso creativo literario, pues ambos permitirán que su voz y su presencia perduren tras su muerte: a través de la hija y a través de la obra poética o, tal y como Concha Méndez lo expresa: “dejar una estela de mi vida / que no pueda acabarse con mi sangre” (*Entre sombras* 117).

7 “Fluye tu vida, y la mía / contigo no estoy tan sola ... toqué tu vida / y el milagro se hizo carne, yo sentí que vivía” (Bellver 319-320).

8 “Pero, sin duda, es el libro, *Niño y sombras* (1936), de Concha Méndez, escrito con motivo de la muerte de su bebé al nacer, aquel en el que el tratamiento del tema alcanza una mayor originalidad, ya que la pérdida es presentada en toda su intensidad a partir, también, de la referencia al embarazo y al vínculo no solo espiritual, sino también físico que, durante ese tiempo, se establece entre la madre y el hijo” (Plaza Agudo 536).

2. La maternidad como motivo poético en la poesía de Concha Méndez

La lectura de los poemas de Concha Méndez (Madrid, 1898- Ciudad de México, 1986) revela un profundo sentido de hermandad, en la medida en que sus versos se conciben como un puente de relación con los demás, un elemento de comunicación. Con esto se hace referencia a los poemas dedicados a amigas y compañeros de escritura y de vida como “Nocturno” y “Glicinas”; a su marido, como “Los brazos que te han llevado”; y en especial, a su hija (“Tu novena primavera”) y al hijo perdido (“Niño perdido”); a su madre, con “A mi madre” e incluso a sus abuelas, con “Las dos abuelas”. Esa genealogía que la poeta construye a través de sus poemas y que abarca toda su poesía es uno de los elementos más interesantes de su poética.

Al acercarnos al tema de la maternidad en Concha Méndez se puede apreciar esa doble vía de la Concha-hija y la Concha-madre, incluso, la Concha-nieta. La poeta concede una importancia crucial a esa genealogía construida a base de recuerdos que provocan dos sentimientos enfrentados: el dolor y la esperanza. No obstante, la familia se articula como un pilar básico, expresado también en términos contradictorios, pues es el lugar del que escapar en la juventud y al que regresar en cuanto proporciona un anclaje al mundo, durante la madurez.

Los dos poemarios en los que hará una pausa el análisis son *Niño y sombras* (1936) y *Sombras y sueños* (1944), ambos pertenecientes al periodo de madurez de su poesía. Tras la experimentación vitalista de sus primeros poemarios (*Inquietudes*, *Surtidor*), su poética continúa desarrollándose en paralelo a su autobiografía, de tal manera que sus experiencias vitales penetrarán en sus textos: su matrimonio (*Vida a vida*) o la pérdida de su hijo (*Niño y sombras*), la separación de Manuel Altolaquíre, el exilio y la muerte de su madre (*Sombras y sueños*). Lo que en un primer momento surgió de su vocación de ser poeta, ahora cobra mayor relevancia ante la necesidad de comunicación con el otro, la búsqueda de un interlocutor –como lo expresaba Martín Gaité– frente a la incompreensión que la rodea, según aparece en su composición “Yo sé”: “Yo sé que a nadie le importa / ... lo que tengo” (*Entre sombras* 85).

Ahora bien, ¿cómo se representa la maternidad en su poesía? Se podría afirmar que, tras la lectura de sus poemas, “la experiencia maternal es en Méndez un elemento que ensancha la feminidad, que la expande, no que restringe sus posibilidades de intervención en el mundo” (Martos y Neira 194). Además, esa idea se traslada al papel a través de tres vértices de contenido. Por un lado, la maternidad supone la conexión más poderosa con otro ser humano. No solo es una vida que acompaña a la suya, sino que la lleva dentro: “Se desprendió mi sangre para formar tu cuerpo” (*Poemas* 82). En poemas como “Tres vidas llevo conmigo / tres vidas en una sola” (192) expresa una total inseparabilidad de su cuerpo y el de sus hijos. Según esta idea, la maternidad es justamente lo contrario de esa soledad que tanto teme. Maternidad significa compañía, idea que subraya en ese “contigo no estoy tan sola” (Bellver 319). Sin embargo, hay una excepción, pues según su descripción del momento del parto “la madre va siempre sola, / quien quiera que la acompañe”

(*Poemas* 83). Esta concepción de la maternidad no es exclusiva de la poética de Méndez, sino que constituye un elemento compartido por sus compañeras de generación.⁹ La importancia de crear un nexo con el otro también se ve reflejada en los poemas dedicados a sus amistades o a Rosalía de Castro: “Nos movió el mismo dolor / la misma espina clavada” (*Entre sombras* 111), escritora en la que encuentra una mirada cómplice. Por otro lado, la maternidad representa una certeza. A través de ella, alcanza un momento de plenitud que describe como si sus raíces se asentaran en la tierra porque siente la “tierra más firme que antes / ... el mundo se afianzaba en mi sangre” (*Poemas* 83). Además, todas sus ansias de futuro están depositadas en la maternidad.

Y así, se arriba a la tercera definición: la maternidad representa la esperanza, idea que reitera en los siguientes versos: “El mundo es como un desierto / y el hijo en él un oasis” (83) o “el futuro abrió una puerta ese día” (Bellver 320). Su vida se ve constantemente amenazada por las sombras, pero la maternidad llega entonces a dar respuesta a esta indeterminación del mundo y de la vida que la rodea: se convertirá en su asidero. Unida a esta idea se encuentra la pretensión de trascender a través de sus textos y, de esa manera, “dejar una estela con mi vida / que no pueda acabarse con mi sangre” (*Entre sombras* 117). Quizás su testamento vital se encuentre en el poema veintitrés de *Niño y sombras*, al confesar su propósito: “Mi muerte no será sino un colapso; / porque después de muerta / seguiré viviendo” (*Poemas* 103). Sin embargo, esa capacidad de trascender no se adquiere solo a través de la creación artística, sino también siendo madre. En este punto, se iguala la creación artística y la creación biológica como modo de sobrevivir a la muerte y al olvido:

Voy por ti, segundo niño,
 ... la sangre quiere recuerdos
 para cuando ya no esté
 en este mundo mi cuerpo. (174)

Y para comprender el tema de la maternidad en toda su amplitud y complejidad en la poesía de Concha Méndez, no se puede obviar el papel que juega dentro de su búsqueda de identidad. En sus poemas, Concha Méndez se sitúa frente al espejo y es a ella misma a la que dirige muchos de sus versos. Dentro de esa búsqueda y de esa construcción de identidad, la maternidad es concebida como una forma de realización femenina (Martínez 264).

Ahora bien, Concha Méndez ofrece una poesía trasgresora porque trata un tema que históricamente ha sido concebido como marginal –y censurado– circunscrito al ámbito doméstico

9 Con esto se hace referencia a los siguientes versos: “caminamos al unísono. / Por vez primera otro corazón / se mueve con el mío. / A la vez: latido por latido” (Conde 22).

y femenino, y por lo tanto, no susceptible de representación artística.¹⁰ Además, no ofrece una perspectiva única de la maternidad, sino que la presenta enriquecida por múltiples puntos de vista: la maternidad cómplice con su madre y con su hija, el momento del parto, el duelo por el hijo muerto o la esperanza depositada en el segundo embarazo (“Voy por ti”): todas estas perspectivas tienen cabida en sus poemas.

Antes de proceder al análisis formal de los poemas, no hay que olvidar que la poesía tiene un efecto catártico en la autora, si ponemos en contexto la escritura de su poemario *Niño y sombras*, a partir de las memorias de la propia Concha Méndez:

Al año de casados tuvimos un niño, que murió al nacer; se hubiera llamado Juan. Manolo quiso hacerme creer que el niño vivía para que yo no sufriera; y entonces me encontraba en una angustia terrible, él me decía que vivía y la enfermera, que había muerto. Esa misma noche pedí que me llevaran papel y lápiz, y escribí mi libro *Niño y sombras*. (Ulacia 96)

Es el turno ahora de comprobar cómo se desarrollan estas ideas en sus poemas.

3. *Niño y sombras*: nombrar el duelo

Se trata de su quinto poemario –publicado en 1936 en la imprenta de la que su marido y ella son propietarios– y que podría definirse como la reunión de “forma más intensa y dramática, poesía y autobiografía” (Miró 42), escrito tras la muerte de su hijo (1933). En cuanto a las novedades formales que ofrece este poemario respecto de su poesía anterior, está el uso de versos de arte mayor, que representan de una manera más fiel el momento vital del yo poético. El ritmo ágil de los versos cortos es más apropiado para la jovialidad y las ansias de libertad y aventura de sus poemas de juventud, mientras que ese ritmo es sustituido por la solemnidad del alejandrino, más acorde con el sentimiento oscuro que la persigue (Miró 43).

Se trata de veintiocho composiciones en las que hay un desarrollo evidente. El duelo no es un estado estático, sino un proceso que Concha Méndez traslada al papel en el mismo momento en que se produce. Ese proceso de duelo pasará por diferentes fases: desde el desasosiego y la rabia hasta “trascender la desdicha personal en la desolación universal” (Miró 43). Por eso, para el análisis temático y formal de los poemas, se seguirá el orden en el que aparecen, teniendo en cuenta

10 Opinión compartida por la crítica literaria feminista: “Es lógico que la aparición del tema madre-hija esté asociado al ingreso, en números significativos, de las mujeres en la escena literaria. Si acaso habría que preguntarse por qué no apareció antes. Seguramente, porque solo cuando su derecho a escribir estuvo bien establecido, empezaron a aventurarse las mujeres a tratar temas que no forman parte de la tradición recibida”. (Freixas 12); “Las mujeres no habían escrito los poemas [sobre el embarazo] porque todos solemos reproducir los temas de la poesía ya existente” (Ostriker 178).

tres bloques de contenido: los primeros poemas, relativos al proceso físico del parto y la angustia de la pérdida; un bloque intermedio protagonizado por el desasosiego; y la incertidumbre que dejará paso a la fase final, dominada por el contraste entre la lucha y la inutilidad de la vida.

En el poema que abre la composición, el estado anímico del sujeto poético se refleja en las interrogaciones y exclamaciones que escenifican gráficamente el desasosiego producido por esa muerte. Las certezas a las que antes aludía se tambalean, creando una sensación de inestabilidad. Ahora solo queda espacio para la duda, trasladada al poema en forma de sombras y preguntas retóricas que nadie podrá responder. La intensidad de ese estado se logra formalmente a través de las figuras retóricas. Por un lado, las paradojas que enfatizan esa sensación inestable, de un futuro incierto, “te vi sin verte” (*Poemas* 81), y donde se puede advertir ecos de Santa Teresa de Jesús. Y, por otro lado, esas contradicciones vienen reforzadas en la estructura interna del poema gracias al uso de la anáfora: “yo sí te vi en mi sueño / ... yo sí te vi sin verte” (81). Junto a las paradojas, también conviene señalar el uso del oxímoron, que refuerza el sentimiento de confusión y de contradicción cuando se hace mención a las “horas desiguales”, y el ritmo fijo y estable del tiempo que aparece subjetivado por su propio estado. Es decir, las horas del reloj ya no se corresponden con esta nueva percepción del tiempo que transita entre la vigilia y el sueño. Además, hipérboles del tipo “Yo sí te vi en mi sueño / a luz de cien auroras” (81) refuerzan el deseo de haber visto al hijo perdido –aunque sea en el mundo de los sueños–, o “me pesan siglos de abrasadas sangres” (81) para expresar el dolor incuantificable que siente. Otro de los recursos recurrentes es la aposiopesis, en cuyo caso, los silencios escenifican –mediante la interrupción del discurso–, la propia interrupción de la muerte; pero también podría relacionarse con otra idea presente en la poesía de Concha Méndez como es la incompreensión:

Pero, aunque sé, y me sobra,
que a nadie importa nada
y en todo caso hay tanto
de que hablar tantas veces. (*Entre sombras* 85)

Es en el primer poema en el que ya se encuentra la recurrente referencia a la sangre (Wilcox 155). En los tres primeros, se concentra el mayor número de referencias fisiológicas al embarazo. Como ya se había anunciado, una de las aportaciones más notables de Concha Méndez al tema de la maternidad es, precisamente, esta forma nueva y transgresora de convertir el cuerpo en materia poética e introducir sutiles referencias a la parte física del proceso (“entrañas”). Así, encontramos imágenes del parto tan poderosas como “se desprendió mi sangre para formar tu cuerpo” (*Poemas* 82); o, sobre el embarazo: “caminabas en mi seno” (83), y “fueron nueve lunas y fue toda / una angustia / de días sin reposo y noches / desveladas” (82). Se advierte también, junto a esos versos, la constante aparición de las manos como nexo entre la madre y su hijo, que viene a reforzar el significado de intimidad y complicidad entre ambos:

“sin caricia posible
de tu mano chiquita
... ¡qué vacío dejaste,
al partir, en mis manos. (81)

Esas referencias fisiológicas no serán exclusivas de Concha Méndez, sino que tendrán resonancia en los poemas de sus compañeras de generación, como Ernestina de Champourcín en su poema “Maternidad”: “Hijo tuyo / silencio de mi carne sellada ... un nombre impetuoso que levanta mi carne” (Champourcín 156), o Carmen Conde, al describir la misma situación vivida por Méndez: “mi pobre, humillado, dolorido vientre / ¡Qué fracaso el fluir de mis pechos ... mientras esta inútil leche se / retira humillada” (Conde 53).

Una de las composiciones más representativas de esta primera parte del poemario de Méndez es el poema número tres, “Recuerdo” (*Poemas* 83), debido a que captura la esencia de lo que significa la maternidad para la autora. A pesar de su brevedad, en él aparecen reunidas las ideas básicas de la maternidad: como ya se comentó anteriormente, la reafirmación de la certeza (“la tierra con mar y cielo / era más firme que antes”, “el mundo se afianzaba en mi sangre”) y la esperanza que supone ese nacimiento (“el hijo en él un oasis”), en contraposición a la soledad en la que se encuentra la madre en el momento del parto; esta se muestra como una experiencia individual y solitaria. Es significativo destacar cómo el interlocutor de buena parte de los poemas es precisamente el niño perdido. Se trata de un poemario escrito para él como destinatario. La poeta ilustra la pérdida del hijo a través de la metáfora y el uso de metros populares, tal y como aparece en el poema número seis, “Canción”; se trata de un poema que pretende ser dulce y alegre dentro del dolor que siente. Esa metáfora, inocente y sencilla como la infancia, es la del “arbolillo sin ramas ni fruta” (86) y se refiere a lo efímero de su estancia en el mundo porque “pudo ver el sol y no vio la luna” (86). El clímax de esta primera parte se alcanza a partir del poema ocho mediante una geminación que evidencia el estado de ansiedad que alcanza el sujeto poético: “que no venga, que no venga / a mi recuerdo aquel día” (88). El poema nueve mantiene esa intensidad desde el inicio, con una prótasis de condicional: “si turbia la razón y roto el sueño / paso a ser una sombra entre / mortales” (89) que recoge el deseo del yo poético de albergar las contradicciones del sentimiento humano: “quede de mí la angustia y el / anhelo / la risa y el llanto en esa espera” (89).

Los poemas centrales del poemario se articulan sobre la imagen recurrente de la sombra y el sueño. Se puede comprobar cómo el poemario se configura a través de un juego de opuestos. Por un lado, las dudas e interrogaciones que pertenecen al mundo de los sueños, y, por otro, la reafirmación de una certeza: “yo sé que el frío es blanco / y el miedo es amarillo” (90). Al igual que al comienzo del poemario el yo poético afirmaba doblemente “yo sí te vi”, al final dice con firmeza

“yo sé”, a modo de sentencia y de autodeterminación.¹¹ A partir del poema catorce, el sentimiento se traslada del ámbito privado al universal. En “Deseo”, la humanidad es “una niña a quien coger de la mano” (94), mientras el yo poético se pregunta en “Noche”: “¿adónde va la angustia / que hoy invade la tierra?” (95). De esta manera, ese sentimiento personal se universaliza “siento en mi sangre girar el universo” (97). Pero, además del dolor por la pérdida, ¿qué significa para ella ser una madre sin hijo? Se produce una crisis de identidad, pues la voz poética se siente “como si yo no estuviera formada para este mundo” (96). Y es que la ausencia del hijo entra en conflicto con la idea de la maternidad de la época: destino natural de la mujer.

Y así se llega a la fase final del proceso. Estos poemas finales, de mayor extensión, también reflejan una reflexión más profunda sobre el duelo, a modo de conclusión y de culminación del poemario. Aquí se subraya la futilidad del mundo y la decepción vital: “el mundo sigue triste / sin remedio” (107) que se contrapone con una renovada determinación a levantarse frente a las adversidades: “Yo soy la fuerza de mí misma, / la antena receptora del milagro” (103). La intensidad poética se logra a través de recursos que se encuentran en su estructura interna: bimebraciones, paralelismos y enumeraciones que refuerzan la ansiedad del yo poético y que, además, imprimen fuerza a los versos. En especial, las anáforas y estructuras bimebres de los dos últimos poemas: “Y vuelvo a la calle ..., / y no es que falte un ángel ..., / y no es que falte un dios” (107); “no voy a preguntarme ..., / ni adónde ..., / ni qué estrella ...”; “cuando se grita ..., / cuando se sueña ..., / cuando se intenta amar” (108). Al igual que “yo he llevado sonrisas de dos / filos”, “y he saltado los mares y las / treguas”, “y he aceptado combates y he / vencido” (108). Cabe resaltar también que, en la misma composición, asoma una geminación en la que el yo poético insiste en el dolor irreparable de su pérdida: “Yo he visto, y visto y visto cosas / que me han dejado / sin sombra de lo que era” (108). Asimismo, en las últimas composiciones, el lenguaje se transforma al adoptar un vocabulario bélico que sitúa al yo poético en una constante lucha: “yo, campo en batalla / con los miembros deshechos” (102), “yo soy la vida en lucha” (103). A pesar de la inutilidad de esa lucha (“¿a quién he vencido más que al hielo?”), puede afirmarse que la poeta resiste porque “apost[ó] por la vida / por las luces de nuevo” (102).

En conclusión, los poemas que conforman *Niño y sombras* son fiel reflejo del proceso vital de una madre que ha perdido a su hijo. Se configura como un poemario del duelo que, a partir de formas y recursos clásicos, trata un tema transgresor, pues nada es más atrevido que contar la maternidad en poesía cuando es un asunto relegado conscientemente a la marginalidad. Además, Concha Méndez da un paso más en esa transgresión al superar la descripción espiritual de la maternidad y recuperar su condición fisiológica original; la poeta expresa la unión biológica y afectiva de la madre y su hijo, utilizando referencias explícitas a la gestación y el parto. Su poesía

11 Bellver afirma: “El estado de ánimo en esta colección oscila entre el dolor y la autoafirmación, pero los símbolos sombríos de la nostalgia, la soledad y la angustia son ineludibles” (318).

del cuerpo dialoga con las palabras que escribiría muchos años después, Adrienne Rich:

Muchas mujeres creen que todo lo físico es una negación de la mente. Hemos sido vistas durante siglos como Naturaleza pura, no es extraño que ahora queramos convertirnos en cultura: puro espíritu, mente. La recuperación de nuestros cuerpos por las mujeres posibilitará cambios más esenciales en la sociedad humana que la toma por los obreros de los medios de producción. (402)

4. *Sombras y sueños: una genealogía propia*

Dentro de la evolución del tratamiento del tema de la maternidad en la poesía de Méndez se atraviesa una fase luminosa, en la que esa lucha activa que se observa al final del poemario se convierte en una reafirmación, no solo simbólica, sino real en el poema “Voy por ti, segundo niño”. Y ese deseo va unido a su idea de sobrevivir en este mundo a través de sus hijos:

voy por ti, la sangre llama,
la sangre quiere recuerdos...
para cuando ya no esté
en este mundo mi cuerpo. (*Poemas* 174)

De nuevo, el yo poético utiliza imágenes bélicas para enfrentarse a este nuevo embarazo (con el recuerdo siempre presente del parto malogrado), y no se rinde en su propósito de “abrir caminos nuevos” (174).

Sombras y sueños (1944), es un poemario que concentra tres momentos muy dolorosos en su vida: la separación de Manuel Altolaguirre, la experiencia del exilio y la muerte de su madre. Dentro de ese sufrimiento, Concha Méndez deposita sus esperanzas en su hija de nueve años, Isabel Paloma,¹² a la que dedicará, por primera vez, sus composiciones. Para ella, el futuro tiene dos vertientes: la esperanza que le ofrece su hija unida a la esperanza de volver a España. Al igual que ocurría en *Niño y sombras*, donde el hijo perdido era su interlocutor, aquí la destinataria será Paloma, a ella le cuenta su exilio:

¿Sabes, niña, cuántos son
treinta años de una vida?
Este tiempo estuve yo
por esos mundos perdida. (*Poemas* 206)

12 “La maternidad fue su mejor salvavidas, le ayudará a sostener su identidad de forma trascendental para no dejarse llevar por el dolor” (Martínez 356).

Y, ante la posibilidad de regresar a su tierra, la felicidad es doble por llevar con ella a su hija y enseñarle aquellos lugares que guarda en su memoria. Como ocurre en el poema dedicado a la Sierra de Guadarrama, donde su hija se convierte en heredera de una de las imágenes significativas que utiliza Méndez en su autorretrato: la patinadora. En él, se refleja el deseo de la autora de transmitir sus mismas ansias de libertad y aventura a su hija:

Volveré a verte algún día
 mi Sierra de Guadarrama
 Conmigo van unos ojos
 nuevos, de clara mirada
 y unos tiernos piecitos
 que mi existencia engendrara
 Mi niña, patinadora
 Paloma y Ángel sin alas. (*Poemas* 149)

La Paloma niña será la destinataria de uno de los poemas sobre la separación de Concha Méndez y Manuel Altolaguirre. Se trata de la confesión de una madre preocupada por las consecuencias que esa experiencia podría tener en una niña de nueve años “Tu novena primavera / entraré, niña, sin padre” (*Poemas* 146-47); en cuyos versos se utilizan elementos descriptivos clásicos, como las flores (el lirio y la rosa) para describir la inocencia de la niña. La ausencia del padre aparece en el subconsciente, en forma de sueños (“mundo de misterio”, “por entre el sueño agitarse”), pero también provoca la incompreensión de su hija (“palabras incoherentes y entrecortadas”). La poeta confía en que la inocencia infantil –“que no conoce de ultrajes”– mitigue el dolor, y que el paso del tiempo (“vendrán más primaveras”) cure esa herida. En ese proceso contará con la protección que le brindará su madre, la más poderosa, con su promesa de amor incondicional: “unos ojos que te miren, / que te miren y no acaben” (147).

Pero hay una composición (“Camino nuevo”) que destaca por encima de todas, pues condensa su teoría sobre la maternidad –que se ha ido desdoblado– y en la que regresa a la descripción del nexo biológico y afectivo:

Te tengo frente a mí, camino nuevo;
 en ti veo tormentas y bonanzas.
 Un páramo es la tierra en donde piso.
 Sola no estoy, que un ángel me acompaña.
 Apenas tiene el ángel nueve años
 y en él he puesto toda mi esperanza. (Abdelazim 20)

En el primer verso, se actualiza la escena al poner al interlocutor (su hija) frente al yo poético

(“te tengo frente a mí”). Se trata de una poesía activa en la línea del poema “Voy por ti”. Como se comenta al comienzo del apartado, en su poética, la maternidad es sinónimo de compañía. Frente a la hostilidad del mundo en el que vive (“un páramo es la tierra en donde piso”), emerge esta nueva vida, un “camino nuevo”, “un ángel” que la acompaña, símbolo de la esperanza, pero también de la serenidad. Esto se puede apreciar, también, en otra de las composiciones dedicadas a su hija: “qué manantial tan tranquilo / es tu amor para mis horas” (Bellver 319). En la última parte de este poema, se recuperan los motivos del poemario *Niño y sombras*: por un lado, los fisiológicos: “el milagro se hizo carne” (320) y, por otro, la idea de dos vidas en una sola “yo sentí que vivía / en ti y en mí” (320), sin olvidar la importancia de la referencia a las manos (“toqué tu vida”). En este poema, la poeta confiere vida a esa niña a través del tacto lo que enfatiza la unión íntima y física entre madre e hija.

Mención aparte merecen los poemas dedicados a la muerte de su madre,¹³ en los que aparece la Concha-hija y que cobran especial sentido en su búsqueda de identidad. El tema de la maternidad se enriquece en esta nueva dimensión porque “escribiendo como madre y como hija, en *Sombras y sueños* (1944), ella registra el duelo por la muerte de su madre y el consuelo que supone su hija” (Bellver 318). A pesar de la relación conflictiva que vivieron durante la juventud de Concha, en los años próximos a su matrimonio, ese vínculo se reestablece¹⁴ y perdura a pesar del paso del tiempo y la distancia física que las separaba. De la misma manera, ante el duelo que sucedía tras la muerte de su hijo, se genera una necesidad de conocimiento y comprensión. No se debe pasar por alto que la muerte de su madre se produce a la distancia, ya que, como dice la voz poética: “Cuando te dejé, viva, en aquel aire, / nos separaba solo un Océano” (*Poemas* 154); y ese distanciamiento provoca que la pérdida sea doblemente dolorosa.¹⁵ La imposibilidad de estar a su lado antes de morir, la lleva a un cuestionamiento imposible: “quisiera saber, Muerte, / cómo la has sorprendido” (154), provocando así, la angustia más visible en sus poemas: “¿Cómo yo no sentí que marchaba? / ¿Cómo pudo pasar ese trance, / sin sufrir yo un dolor en el alma?” (*Entre sombras* 122). Por otro lado, la falta de la madre representa también un proceso de pérdida en la identidad del yo poético, el cual pasa de hija a madre, abruptamente, al ser separada la raíz-madre de la de la raíz-hija: “de nuestra raíz última algo se desprende” (120); y con su desaparición, se convierte en un ser mutilado (121) y desamparado (119). Es decir, la muerte la sume en un estado de orfandad

13 La madre, como tema, también ha interesado a otras compañeras de su generación; de hecho, Carmen Conde dedicó dos poemarios a su madre: *Los monólogos de la hija* y *A este lado de la eternidad*.

14 “De toda mi familia la única que terminó por comprenderme fue mi madre; al saber que estaba viviendo en el hotel *Dardé*, iba por las tardes y la pasábamos charlando” (Ulacia 91).

15 “Cuando murió mi madre enfermó, no solo de los nervios, sino de pena. Lloré días enteros. Me habían avisado que estaba enferma de cáncer, pero no se recuperó. Le escribí un grupo de poemas, como cuando perdí a mi niño” (115).

y también supone una pérdida de su calidad de “hija”.¹⁶

Por último, cabe incluir una breve mención a un poema que no aparece en estos poemarios analizados, pero sí hace hincapié en su necesidad de crear lazos de unión con las mujeres de su familia. “Las dos abuelas” (*Entre sombras* 174) muestra una descripción desde el punto de vista de la Concha-nieta, una mujer que trae en el recuerdo los rasgos definitorios de sus dos abuelas contrapuestas. Esto, por consiguiente, demuestra la importancia que en su poesía tiene la búsqueda de la identidad, no solo desde la individualidad, sino a partir de la reconstrucción de una genealogía femenina.

5. Conclusiones

Lo que se ha querido mostrar en este análisis es que Concha Méndez, a través de sus poemas, crea una genealogía propia que une tres generaciones de mujeres –o incluso cuatro si se incluye a las abuelas de la autora–, en momentos vitales muy dispares (nacimiento, separación, muerte). Sus versos han trascendido el ámbito familiar y privado, tal y como ella lo había predicho: “Pienso que a través de mi obra estaré en comunicación con gentes a las que no conozco y con las que siempre habrá una cierta emoción que nos una” (Ulacia 155). Y es que, al final de su vida, su obra cobró un nuevo sentido: la capacidad de tejer redes de contacto: de madre a hija; de mujer a mujer; y de generación en generación (Rich 353). En sus poemas, la autora reflexiona sobre su condición de hija y sobre la importancia de las madres como anclaje ante los vaivenes del mundo.

Por otro lado, este estudio ha manifestado cómo en la poesía de Concha Méndez la maternidad se despliega mediante una pluralidad de temas y matices con los que la poeta describe su experiencia ante la pérdida, tanto de madre como hija. Esas perspectivas sobre la maternidad muestran la riqueza expresiva y de contenido que permea su poesía, la cual puede agruparse en tres apartados: poemas concernientes al embarazo, al parto y al duelo; siendo el último, el que este estudio ha ido desgranando como parte de su poemario *Niño y sombras*. A través de su lectura, se han podido rastrear las distintas fases por las que pasa la autora y cómo adquiere relevancia la aparición de referencias fisiológicas y, sobre todo, la manera en que recrea la unión física entre el niño y la madre. Todo ello enfatizado a través de los recursos retóricos, es especial, el uso de las interrogaciones que subrayan el desasosiego vital que la acompaña.

Finalmente, en cuanto al significado de la maternidad, se ha apuntado una idea fundamental

16 Y, la esperanza, que siempre asoma en los momentos más oscuros de su poesía, se encuentra ahora en el más allá: dime, madre / será allí en dónde estás dónde me encuentre, / y junto a ti y al hijo que he perdido, / volveré a nueva vida permanente? (*Poemas* 156).

en su poesía. La de la concepción de la maternidad a través de una doble vía: creación física y símbolo de pervivencia en el mundo. Y es que, a partir de su poesía, Concha Méndez recrea una genealogía femenina que la conecta con sus raíces en España y con su niñez, así como con el futuro esperanzador que se abre a través de los ojos de su hija Paloma.

Obras citadas

- ALI ABDELAZIM, Rasha. “Poesía desarraigada de Concha Méndez”. *Tonos digital: Revista de estudios filológicos*, no. 34, 2018, pp. 1-25. <http://www.tonosdigital.com/ojs/index.php/tonos/article/view/1868/957>
- BELLVER, Catherine G. “Mothers, Daughters, and the Female Tradition in the Poetry of Concha Méndez”. *Revista Hispánica Moderna*, vol. 5, no. 2, 1998, pp. 317–26.
- CHAMPOURCIN, Ernestina de. *Poesía a través del tiempo*. Ed. José Ángel Ascunce. Anthropos, 1991.
- CONDE, Carmen. *Derramen su sangre las sombras*. Torremozas, 1983.
- FERNÁNDEZ URTASUN, Rosa. “Amistad e identidad: las poetas españolas de los años 20”. *Epos: Revista De filología*, vol. 29, 2013, pp. 213–26.
- FREIXAS, Laura. *Madres e hijas*. Anagrama, 1995.
- GRIFFIN, Susan. “Notas sobre la cuestión del feminismo y la maternidad”. *Maternidad y creación*. Ed. Moyra Davey. Alba Editorial, 2018.
- KIRKPATRICK, Susan. *Mujer, modernismo y vanguardia en España (1898-1931)*. Cátedra, 2003.
- LE GUIN, Ursula K. “La hija de la pescadora”. *Maternidad y creación*. Ed. Moyra Davey. Alba Editorial, 2018.
- MARTÍNEZ Trufero, Begoña. *La construcción identitaria de una poeta del 27: Concha Méndez Cuesta (1898-1986)*. UNED, 2011.
- MARTOS, María y Neira, Julio. “La poesía de Concha Méndez: feminismo y feminidad”. *Pioneras, Escritoras y Creadoras del siglo xx*. Ed. Eva María Moreno Lago. U de Salamanca, 2019, pp. 183-98.
- MÉNDEZ, Concha. *Poemas (1926-1986)*. Ed. James Valender. Hiperión, 1995.
- . *Entre sombras y sueños*. Ed. James Valender. Renacimiento, 2019.
- MIRÓ, Emilio. *Antología de poetisas del 27*. Castalia, 1995.
- OSTRIKER, Alicia. “Una propuesta atrevida: maternidad y poesía”. *Maternidad y creación*. Ed. Moyra Davey. Alba Editorial, 2018.
- PLAZA AGUDO, Inmaculada. “Imágenes femeninas en la poesía de las escritoras de preguerra (1900-1936)”. U de Salamanca, 2011.
- RICH, Adrienne. *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Cátedra, 1986.
- RUBIN SULEIMAN, Susan. “Escribir y ser madre”. *Maternidad y creación*. Ed. Moyra Davey. Alba Editorial, 2018.
- ULACIA Altolaguirre, Paloma. *Concha Méndez: Memorias habladas, memorias contadas*. Renacimiento, 2018.
- WILCOX, John C. *Women Poets of Spain 1860-1990: Toward a Gynocentric Vision*. U of Illinois P, 1997.